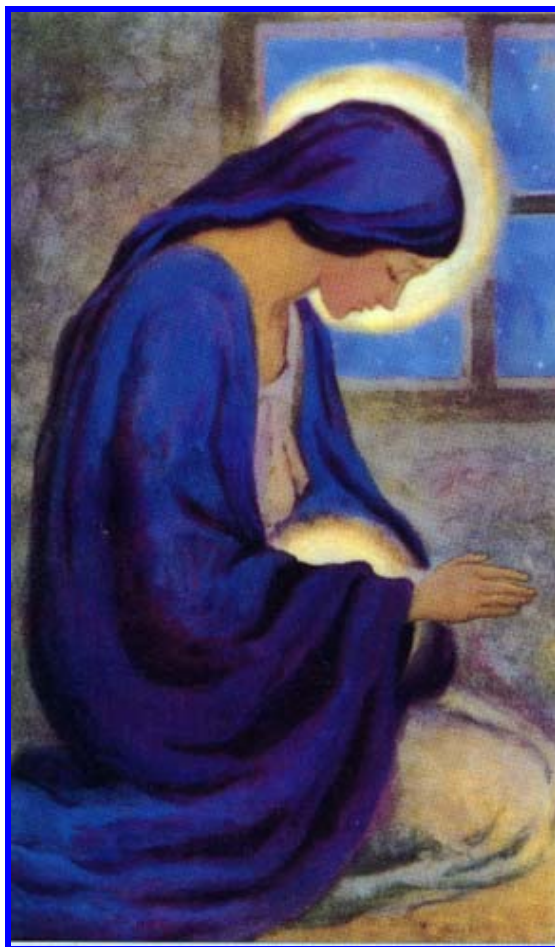




Caminando con Maria
Pedro Sergio Antonio Donoso Brant
www.caminando-con-maria.org

INTIMIDAD DIVINA
MEDITACIONES SOBRE LAS VIRTUDES DE
MARIA SANTISIMA

En esta sección, incluyo seis temas del Libro Intimidad Divina, meditaciones de la 126 a la 131. Este conocido libro que me ha hecho mucho bien, fue escrito por el Padre Gabriel de Santa Maria Magdalena OCD (1893-1953) y en la recopilación de sus escritos, hicieron una bonita tarea las Carmelitas Descalzas del monasterio de San Jose de Roma.

Los buenos libros, hay que divulgarlos, comentarlos y hacerlos llegar para que más personas puedan disfrutar de ellos.

Santa Teresa de Jesús escribe en su Libro de la Vida, cap. 4 ,9): “jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración..”

Unidos en la Oración

Pedro Sergio

A las Carmelitas Descalzas de Puangue, (Chile) que hacen tanto bien con su oración.

[LA HUMILDAD DE MARIA](#)

[LA FE DE MARIA](#)

[LA CARIDAD DE MARIA](#)

[LA ESPERANZA DE MARIA](#)

[LA ORACION DE MARIA](#)

[MARIA Y LOS HOMBRES](#)

I. LA HUMILDAD DE MARIA

«¡Oh María!, el Señor ha mirado tu humildad y ha hecho en ti maravillas»
(Lc 1, 48-49).

1. — «No es difícil —dice San Bernardo— ser humildes en el silencio de una vida oscura, pero es raro y verdaderamente hermoso conservarse tales en medio de los honores» (Sup. «Missus.» 4, 9). María Santísima fue ciertamente la mujer más honrada por el Señor, la más elevada las criaturas, y sin embargo, ninguna se ha rebajado y humillado tanto como ella. Se diría que parece existir una porfía entre Dios y María: cuanto más la ensalza Dios más se oculta María en su humildad. El ángel la saluda «llena de gracia» y María se «turba» (Lc 1, 28-29). Explica San Alfonso: «Se turbó porque, siendo tan humilde, aborrecía toda alabanza propia y deseaba que solo Dios fuese alabado» (Las glorias de María, II, 1, 4). El ángel le revela la sublime misión que le ha confiado el altísimo y María se declara «esclava del Señor» (Lc 1, 38). Su mirada no se detiene ofuscada en el honor inmenso que redundará en su persona por haber sido escogida entre todas las mujeres para ser Madre del Hijo de Dios; sino que contempla extasiada el misterio infinito de un Dios que quiere encarnarse en el seno de una pobre criatura. Si Dios quiere descender a tal profundidad como es hacerse hijo suyo, ¿hasta dónde tendrá que descender y abajarse su pobre esclava? Cuanto más comprende la grandeza del misterio, la inmensidad del don más se humilla, ocultándose en su nada. Idéntica actitud sorprendemos en la Virgen cuando Isabel la saluda: «bendita -entre todas las mujeres» (ib. 42). María no se extraña al oír estas palabras porque ya es Madre de Dios, sin embargo, queda fija y como clavada en su profunda humildad: todo lo atribuye al Señor, cuya misericordia ensalza, confesando la bondad con que «ha mirado la bajeza de su esclava» (ib. 48). Dios ha obrado en ella a cosas: lo sabe, lo reconoce, pero en lugar de gloriarse en su grandeza. Todo lo dirige profundamente a la gloria de Dios. Con razón exclama San Bernardo: «Así como ninguna criatura después del Hijo de Dios ha sido elevada a una dignidad y gracia iguales a María, del mismo modo ninguna ha descendido tanto en el abismo de la humildad» (4 Serm. fest. B.V.M. 3, 3). Este debe ser el efecto que deben producir en nosotros las gracias y los favores divinos: hacernos siempre más humildes, siempre más conscientes de nuestra nada.

2. — Si te es imposible imitar el candor y la belleza de María —dice San Bernardo— imita al menos su humildad. Una virtud verdaderamente gloriosa

es la virginidad, pero no es necesaria como la humildad; la primera nos fue propuesta bajo la forma de una invitación “quien pueda entender que entienda”; la segunda nos fue impuesta como un precepto absoluto: “Si no os hiciereis como niños no entraréis en el reino de los cielos” la virginidad será premiada, pero la humildad no es exigida sin la virginidad podemos salvarnos, pero sin la humildad es imposible la salvación. Sin la humildad, la misma virginidad de María habría desagradado a Dios. Agrado al Señor María por su virginidad; pero llegó a ser madre por su humildad’ (Sup. «Missus», 1, 5).

Las cualidades y las dotes más hermosas, hasta la penitencia, la pobreza, la virginidad, el apostolado, la misma vida consagrada a Dios, incluso el sacerdocio, son estériles e infecundas si no están acompañadas por una humildad sincera; más aún, sin la humildad pueden ser un peligro para el alma que las posee. Cuanto mas encumbrado es el puesto que ocupamos en la viña del Señor, cuanto más elevada es la vida de perfección que profesamos, cuanto más importante es la misión que Dios nos ha confiado, más necesidad tenemos de vivir fuertemente radicados en la humildad. Así como la maternidad de María —al decir de San Bernardo— fue el fruto de su humildad, del mismo modo la fecundidad de nuestra vida interior, de nuestro apostolado, dependerá y estará en proporción con la humildad.

En efecto, sólo Dios puede realizar en nosotros y por medio de nosotros obras maravillosas, pero no las hará si no nos ve sincera y profundamente humildes. Sólo la humildad es el terreno fértil y apto para que fructifiquen los dones del Señor; por otra parte siempre será la humildad quien haga descender sobre nosotros la gracia y los favores de Dios. «No hay nada —dice Santa Teresa— que así le haga rendir como la humildad; ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen» (Camino, 16, 2).

Bella es la mezcla de virginidad y de humildad, y no poco agrada a Dios aquella alma en quien la humildad engrandece a la virginidad y la virginidad adorne a la humildad. Mas ¿de cuanta veneración te parece será digna aquella cuya humildad engrandece la fecundidad y cuyo parto consagra la virginidad?

Con que si María no fuera humilde, no reposara sobre ella el espíritu santo; y si no reposara sobre ella, no concibiera por virtud de El... y aunque por a virginidad agradó a Dios, pero concibió por la humildad.

Dichosa en todo María, a quien ni faltó la humildad ni la virginidad. Singular virginidad la suya, no violada, sino honrada por la fecundidad; no menos ilustre humildad, no disminuida, sino engrandecida por su fecunda virginidad; y enteramente incomparable fecundidad, que la virginidad y humildad juntas acompañan ¿Cuál de estas cosas no es admirable? ¿Cuál no es incomparable? ¿Cuál no es singular? Maravilla será si, ponderándolas, no dudas cuál juzgarás más digna de tu admiración: si será mas estupenda la fecundidad en una virgen o la integridad de una madre; su dignidad por el fruto de su castísimo seno, o su humildad, con dignidad tan grande; sino que ya, sin duda a cada una de estas cosas deben preferirse todas juntas, siendo incomparablemente más excelencia y más dicha haberlas tenido todas que precisamente alguna. (S. BERNARDO, Super «Missus» I, 5-9].

¡Oh María!, quien te mira queda confortado en todos sus dolores, tribulaciones y penas, y sale vencedor de toda tentación. Quien no sabe lo que es Dios, recurra a ti, ¡oh María!

Quien halla misericordia en Dios, recurra a ti, ¡oh María! Quien no tiene conformidad de voluntad, recurra a ti, ¡oh María! Quien se siente desfallecer,

recurra a ti que eres toda fortaleza y poder. Quien se halla envuelto en continua lucha recurra a ti que eres mar pacífico... Quien se ve tentado... recurra a ti, que eres madre de humildad, y no hay cosa que tan lejos arroje al demonio como la humildad. Acuda a ti, acuda a ti ¡oh María! (STA. MARIA MAGDALENA DE PAZZIS, I Coloquio).

II. LA FE DE MARIA

«Dichosa tú. María, que creíste que se cumplirían en ti las cosas dichas por el Señor»

(Lc 1, 45).

1. — La Iglesia, haciendo suyas las palabras de Isabel, dirige a María esta bellísima alabanza: «Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán en ti las cosas que el Señor te ha dicho» (Lc 1, 45). Grande fue la fe de la Virgen que creyó sin dudar el mensaje del ángel que le anunciaba cosas admirables e inusitadas. Creyó, obedeció, y, como afirma el Concilio, refiriendo palabras de los antiguos Padres, creyendo y obedeciendo «fue causa de la salvación propia y de la del género humano entero... Lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe» (LG 56). Fiada en la palabra de Dios, María creyó que sería madre sin perder la virginidad; creyó —ella tan humilde— que sería verdadera Madre de Dios, que el fruto de su seno sería realmente el Hijo del Altísimo. Se adhirió con plena fe a cuanto le fue revelado, sin dudar un instante frente a un plan que venía a trastornar todo el orden natural de las cosas: una madre virgen, una criatura Madre del Creador. Creyó cuando el ángel le habló, pero continuó creyendo aún cuando el ángel la dejó sola, y se vio rodeada de las humildes circunstancias de una mujer cualquiera que está para ser madre. «La Virgen —dice San Bernardo— tan pequeña a sus ojos, no fue menos magnánima respecto a su fe en las promesas de Dios: ni la menor duda sobre su vocación a este incomparable misterio, a esta maravillosa mudanza, a este inescrutable sacramento, y creyó firmemente que llegaría a ser la verdaderamente madre del Hombre-Dios» (De duod. praer. B.V.M. 13).

La virgen nos enseña a creer en nuestra vocación a la santidad, a la intimidad divina; hemos creído en ella cuando Dios nos la ha revelado en la claridad de la luz interior confirmada por la palabra de su ministro; pero hemos de creer también en ella cuando nos encontramos solos, en las tinieblas, en las dificultades que pretenden trastornarnos, desanimarnos. Dios es fiel y no hace las cosas a medias: Dios llevará a término su obra en nosotros con tal que nosotros nos fiemos totalmente de él.

2. — «También la bienaventurada Virgen —afirma el Concilio— avanzó en la peregrinación de la fe... una fe sin mezcla de duda alguna (LG 58. 63), pero al fin y al cabo fe. Muy lejos estaría de la verdad quien pensase que los misterios divinos fueron totalmente manifiestos a la virgen y que la divinidad de su Jesús fuese para ella tan evidente que no tuviese necesidad de creer. Exceptuada la Anunciación y los hechos que rodearon el nacimiento de Cristo, no encontramos en su vida manifestaciones sobrenaturales de carácter extraordinario. Ella vive de pura fe, exactamente como nosotros, apoyándose en la palabra de Dios. Los mismos divinos misterios que en ella y en torno suyo se verifican, permanecen habitualmente envueltos en el velo de la fe y toman al exterior el giro común a las varias circunstancias de la vida ordinaria; más aún: frecuentemente se ocultan bajo aspectos muy oscuros y desconcertantes. Así por ejemplo, la extrema pobreza en que nació Jesús, la necesidad de huir al destierro para salvarle a él —Rey del cielo— de la furia de un rey de la tierra, las fatigas para procurarle lo estrictamente

necesario y, a veces, hasta la falta de ello. Pero María no dudó jamás de que aquel Niño débil e impotente, necesitado de cuidados maternos y de defensa como cualquier otro niño, fuese el Hijo de Dios. Creyó siempre, aun cuando no entendía el misterio. Así fue, por ejemplo, en la repentina desaparición de Jesús cuando, a la edad de doce años, se quedó en el templo sin ellos saberlo. San Lucas advierte que cuando el Niño explicó el motivo alegando la misión que le había confiado el Padre celestial, María y José «no comprendieron lo que les decía» (Lc 2, 50). Si María sabía con certeza que Jesús era el Mesías, no sabía, sin embargo, el modo cómo cumpliría su misión; de ahí que por el momento no entendió la relación que había entre su permanencia en el templo y la voluntad de Dios. Con todo, no quiso saber más: sabía que Jesús era su Dios y esto le bastaba; estaba segura, totalmente segura de él.

El alma de fe no se detiene a examinar la conducta de Dios y, aun no comprendiendo, se lanza a creer y a seguir ciegamente las disposiciones de la voluntad divina. Algunas veces en nuestra vida espiritual no detenemos porque queremos entender demasiado, indagar demasiado los designios de Dios sobre nuestra alma; no, el Señor no nos pide entender, sino creer con todas nuestras fuerzas.

¡Oh Virgen soberana!... Vos sois bienaventurada (Lc I. 46), porque creísteis, como dijo vuestra prima: y sois bienaventurada, porque trajisteis en vuestro vientre al Salvador; y mucho más bienaventurada, porque oísteis su palabra y la guardasteis. También sois bienaventurada con las ocho bienaventuranzas que vuestro Hijo predicó en el Monte (Mt 5, 3); sois pobre de espíritu, y es vuestro el reino de los cielos: sois mansa y poseéis la tierra de los vivos; llorasteis los males del mundo, y así sois consolada; tuvisteis hambre y sed de justicia, y ahora estáis harta; sois misericordiosa, y alcanzasteis misericordia; sois pacífica, y así por excelencia sois hija de Dios; sois limpia de corazón, y ahora estáis viendo claramente a Dios; padecisteis persecuciones por la justicia, y ahora es vuestro el reino de los cielos, como reina suprema de todos sus moradores. ¡Oh Reina soberana! Gózame que seáis bienaventurada por tantos títulos. Oh, si todas las naciones del mundo se convirtiesen a vuestro Hijo, y os llamasen con grande fe bienaventurada, imitando aquí vuestra vida, y gozando después de vuestra gloria! (L. DE LA PUENTE, Meditaciones, II,12, 3).

¡Oh María!, creyendo al ángel que te aseguraba que, sin cesar de ser virgen serías madre del Señor, trajiste al mundo la salvación. Tu fe abrió a los hombres el paraíso,...

¡Oh Virgen!, tú tuviste mayor fe que todos los hombres y que todos los ángeles. Veías a tu Hijo en el establo de Belén, y creías que era el Creador del mundo. Lo veías huir de Herodes, y no dejabas de creer que era el Rey de los reyes. Lo viste nacer, y creías que era eterno. Lo viste pobre, necesitado de alimento, y sin embargo creías que era el señor del mundo; reclinado sobre la paja, y creías que era omnipotente. Viste que no hablaba y creíste que era la Sabiduría infinita. Lo escuchabas llorar, y creías que él era el gozo del paraíso. Lo viste en su muerte vilipendiado y crucificado, pero aunque vaciló la fe de los demás, la tuya permaneció firme creyendo en que él era Dios...

Virgen santa, por los merecimientos de tu grande fe consígueme la gracia de una fe viva: «Señora, aumenta en nosotros la fe» (S. ALFONSO M. DE LIGORIO, Las glorias de María, II,3, 4).

III. LA CARIDAD DE MARIA

«¡Oh María, llena de gracia! (Lc 1, 28), que tu intercesión nos obtenga

aumento de amor».

1. — «Dios es amor» (1 Jn 4, 16); y María, que en su calidad de Madre estuvo más cercana y unida a Dios que cualquier otra criatura, fue inundada más que ninguna otra de su amor. «Cuanto más una cosa se acerca a su principio—enseña Santo Tomás— tanto más participa de su efecto» (Suma Teológica, III, 27, 5, 3). María, que el ángel saludó «llena de gracia» (Lc 1, 28), está igualmente llena de amor. Pero la plenitud de gracia y de amor en que fue colocada desde el principio, no la dispensó del ejercicio activo y constante de la caridad, como tampoco del de las demás virtudes. Así nos la presenta el Concilio cuando dice: «La Bienaventurada Virgen.. cooperó en la forma del todo singular, por la obediencia, la fe la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas» (LG 61), y repetidas veces la señala como especial modelo de caridad. También para María, como para los demás hombres, esta vida fue el «camino» en el cual se debe siempre progresar en la caridad; también a ella, como a nosotros, le fue demandada su personal correspondencia a la gracia. Y el gran mérito de María consistió precisamente en haber correspondido con la máxima fidelidad a los inmensos dones recibidos. Ciertamente que los privilegios de su concepción inmaculada, del estado de santidad en que nació y de su maternidad divina fueron puros dones con todo, bien lejos de recibirlos pasivamente —al modo que un cofre recibe los objetos preciosos que en él se depositan —los recibió como una persona libre, capaz de adherirse con su propia voluntad a los favores mediante una plena correspondencia a la gracia. Santo Tomás enseña que aunque María no pudo merecer la Encarnación del Verbo, sin embargo, mereció —mediante la gracia recibida— aquel grado de santidad que la hizo digna Madre de Dios (Suma Teológica, III, 2, II, 3), y lo mereció precisamente con su libre colaboración a la gracia. María es, en el sentido más pleno de la palabra, la «Virgen fiel», que supo negociar al ciento por talentos unos los recibidos de Dios. A la plenitud de la gracia otorgada por Dios correspondió la plenitud de su fidelidad.

2. — «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente» (Lc 10, 27). El mandamiento del Señor tiene su plena realización en María, que siendo perfectamente humilde y por eso del todo vacía de sí misma y libre de todo egoísmo y de cualquier apego a las criaturas, pudo emplear verdaderamente todas sus fuerzas en el amor de Dios. El Evangelio nos la presenta así, siempre orientada hacia el Señor. La voluntad divina, aunque oscura y misteriosa, la encuentra siempre pronta y en acto de perfecta adhesión; el fiat pronunciado en la Anunciación es la actitud constante de su corazón consagrado del todo al Amor (LG 62). La pobreza de Belén, la huida a Egipto, la vida humilde y laboriosa de Nazaret, la despedida de Jesús para darse a la vida apostólica y la soledad consiguiente en que ella queda, el odio y las luchas que se desencadenan contra su Hijo, el doloroso camino del Calvario, son otras tantas etapas de su caridad que sin cesar acepta y se entrega, comprometiéndola cada vez más intensamente en la misión de «esclarecida Madre del divino Redentor, y [de] generosa colaboradora entre todas las criaturas y de humilde esclava del Señor» (LG 61). María vive su maternidad divina en un acto de constante entrega a la voluntad del Padre y a la misión de su hijo; no conoce titubeos ni reservas, no pide nada para sí. Un día en que deseaba verle y hablarle, se oyó decir: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mt 12, 48. 50). María acogió en su corazón la austera respuesta y con mayor amor que antes continuó viviendo la voluntad divina que le pedía tan grande renuncia sacrificando la alegría, tan legítima y santa,

de gozar de su Hijo, le estaba doblemente unida, pues estaba fundida con él en un único acto de oblación a la voluntad del Padre. De esta manera nos enseña María que el verdadero amor y la auténtica unión con Dios no consiste en los consuelos espirituales, sino en la perfecta conformidad a su divino querer.

¡Oh María!, tú eres llena de gracia. El Espíritu Santo, lejos de hallar en ti el menor obstáculo al desarrollo de la gracia, ha encontrado siempre tu corazón de una docilidad maravillosa a sus inspiraciones. Por eso tu corazón está inmensamente dilatado por la caridad.

¡Qué alegría debe haber probado Jesús al sentirse tan amado madre! Después de la alegría incomprensible que le venía de la visión beatífica y de la mirada de infinita complacencia con que el Padre lo contemplaba, nada le hacía gozar tanto como tu amor, oh María. Con él se sentía sobreabundantemente compensado de la indiferencia de quienes no le querían recibir, y encontraba en tu corazón virgen un hogar de amor incesante que él mismo avivaba constantemente con sus miradas divinas y con la gracia interior del Espíritu... Tú recibiste del Padre el más perfecto corazón de madre; un corazón en que no se halló jamás el más mínimo rastro de egoísmo. Es una maravilla de amor, un tesoro de gracias: gratia plena. Tu corazón ha sido forjado no sólo para Cristo... sino también en beneficio de su Cuerpo místico... Tú abrazas en un único amor a Cristo y a nosotros sus miembros... Las almas que te son devotas obtienen de ti un amor purísimo; toda su vida es como un reflejo de la tuya... Tu deseo es hacer participes, a cuantos te pertenecen, del amor que te anima. (G. MARMION, Consagración a la SS. Trinidad, 28).

¡Oh, María! ¿Quién eres tú, destinada a ser madre? ¿Cómo lo has merecido?... ¿Cómo nacerá de ti quien te hizo?... Eres virgen, eres santa, has hecho un voto: mucho es lo que has merecido; pero es mucho más lo que recibiste... Nace en ti, quien te hizo, nace de ti aquel por quien fuiste hecha, aquel por quien fue hecho el cielo y la tierra, por quien fueron hechas todas las cosas. El Verbo de Dios se hace carne en ti, recibiendo la carne, no perdiendo la divinidad. El Verbo se une a la carne. . Y el tálamo de tan maravilloso connubio es tu vientre. . (S. AGUSTIN, Sr. 291, 6).

La Virgen María fue más dichosa recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo... Tampoco hubiera aprovechado nada el parentesco material a María si no hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne... Por esto es por lo que María es más laudable y más dichosa madre de Cristo, según la sentencia: Quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre (Mt 12, 50). María, por tanto, haciendo la voluntad de Dios, es sólo madre de Cristo corporalmente, pero espiritualmente es también madre y hermana. (S. AGUSTIN, De s. virg., II, 3-5).

IV. LA ESPERANZA DE MARIA

«Salve, Reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, salve».

1. — María sobresale entre los humildes y pobres del señor, que de él esperan y reciben la salvación... Con ella, excelsa Hija de Sión, tras larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva Economía' (LG 55). Con estas palabras presenta el Concilio a María en quien se compendian todas las esperanzas de Israel; todos los anhelos y los suspiros de los profetas vuelven a resonar en su corazón alcanzando una intensidad hasta entonces desconocida que apresura su cumplimiento. Nadie

esperó la salvación tanto como ella, y en ella precisamente comienzan a cumplirse las divinas promesas. En el Magnificat — canto que brotó del corazón de María al encontrarse con su prima Isabel— nos encontramos con una expresión que revela de manera particular la actitud interior de la Virgen: «Ensalza mi alma al Señor... porque él a fijado su mirada en la humildad de su sierva (Lc 1, 46, 48). Eran estas palabras, en el acto que María las pronunciaba, la declaración de las «grandes cosas» que Dios había obrado en ella; pero, consideradas en el cuadro de su vida, nos manifiestan el constante movimientos de su corazón que, desde el conocimiento perfecto de su nada, sabía arrojarle en brazos de Dios con la mas intensa esperanza en su socorro. Nadie mejor que María tuvo la ciencia concreta y práctica de la propia nada: ella sabe bien que todo su ser, tanto natural como sobrenatural, volvería a caer irrevocablemente en la nada, si Dios no la sostuviese en todo momento. Sabe que todo lo que es y todo lo que tiene no es suyo, sino de Dios, puro don de su liberalidad. La gran misión, los extraordinarios privilegios del Altísimo, de ningún modo piden ver y sentir su «bajeza». Pero esto, lejos de desalentarla y desanimarla —como nos acaece frecuentemente a nosotros cuando constatamos nuestra nulidad y miseria— le sirve de punto de apoyo para arrojarle en Dios con un rápido movimiento de esperanza. Antes bien, cuanto más conciencia tiene de su nada y de su impotencia, tanto más se eleva su alma en la esperanza; precisamente porque, verdadera pobre de espíritu, no tiene confianza alguna en sus recursos, en su capacidad, en sus méritos. María coloca en solo Dios toda su confianza y Dios, que «rechaza vacíos a los ricos y llena de bienes a los necesitados» (Lc 1, 53), ha saciado su hambre, ha escuchado sus esperanzas, no sólo llenándola de sus dones, sino entregándosele de la manera más perfecta y cumpliendo en ella las esperanzas de su pueblo.

2. — La esperanza de María fue verdaderamente roqueña y total aun en los momentos más difíciles y mas oscuros de su vida. Cuando José, habiendo notado en ella las señales de una maternidad cuyo origen ignoraba, pensaba en «abandonarla secretamente» (Mt 1, 19), María intuyó el estado de ánimo de su purísimo esposo, intuyó las dudas que podrían cruzar su mente y el peligro en que ella estaba de ser abandonada, y, sin embargo, llena de esperanza en el socorro divino, no quiso en modo alguno descubrirle lo que le había revelado el ángel, sino que se abandonó completamente en las manos de Dios. «En el silencio y en la esperanza será vuestra fortaleza» (Is 30, 17), ha dicho el Espíritu Santo por boca de Isaías, y esta sentencia tiene aquí su más bella realización en la conducta de María. Calla sin tratar de justificarse frente a José; calla porque está llena de esperanza en Dios y ésta plenamente segura de su ayuda. El silencio y la esperanza le permiten apoyarse totalmente en Dios, y así, fuerte, con la fortaleza del mismo Dios, permanece serena y tranquila en una situación por extremo difícil y delicada. Por lo demás, toda su vida fue un continuo ejercicio de esperanza heroica. Cuando en los treinta años transcurridos en Nazaret Jesús aparecía niño, muchacho, hombre como todos los demás y ninguna señal exterior indicaba que habría de ser el Salvador del mundo. María no cesó de creer y de esperar en el cumplimiento de las divinas promesas. Cuando comenzaron las persecuciones contra el Hijo, cuando fue apresado, procesado, crucificado y todo parecía ya terminado, la esperanza de María permaneció intacta, aún más, se agiganto dándole la fuerza de seguir firme «junto a la cruz de Jesús » (Jn 19, 25).

¡Qué pobre es nuestra esperanza frente a la esperanza de María! No sabiendo estar totalmente seguros de la ayuda divina, nos acucia la necesidad de recurrir a tantos pequeños expedientes personales para procurarnos alguna

seguridad, algún apoyo humano; pero, como todo lo que es humano e incierto, permanecemos siempre agitados e inquietos. La Virgen con su silencio y con su esperanza nos señala el único camino de la verdadera seguridad, de la serenidad y de la paz interior aun en medio de las situaciones más difíciles: el camino de la total confianza en Dios: «En ti, oh Señor, he esperado no seré confundido para siempre» (Te Deum).

¡Oh María!, era tan excelsa tu esperanza que podías repetir con el santo rey David: «pongo en el Señor mi refugio» (Ps 73, 28)... Tu, apartada enteramente de los afectos del mundo... no confiando en las criaturas ni en tus méritos, sino apoyándote únicamente en la gracia divina, adelantaste siempre en el amor de tu Dios...

De ti ¡Oh María!, debemos aprender a confiar en Dios especialmente en lo que toca a nuestra salvación eterna... desconfiando en absoluto de nuestras fuerzas, pero repitiendo: «todo lo puedo en aquel que me conforta» (Fp 4, 13). Señora mía santísima, tú eres la Madre de la santa esperanza... ¿Qué otra esperanza, pues, voy yo buscando?

Y confío tanto que, si mi salvación estuviese en mi mano la pondría igualmente en tus manos, ya que más me fío de tu misericordia y protección que de todas mis obras. Madre y esperanza mía, no me abandones... Todos se olvidan de mí, pero no me olvides tú, Madre del Dios omnipotente. Di a Dios que yo soy tu hijo, dile que tú me defiendes y seré Salvo...

¡Oh María! Yo me fío de ti; en esta esperanza vivo en esta esperanza quiero y espero morir, repitiendo siempre: mi única esperanza es Jesús, y después de Jesús, María. (S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO, Las glorias de María. II, 3, 5; I, 3).

¡Oh dulcísima María, suma esperanza mía después de Dios!, habla en mi favor a tu amado Hijo, dile por mí una palabra eficaz, defiende ante él mi causa: consígueme, en su misericordia, lo que anhele, porque en ti espero, oh única esperanza mía después de Cristo. Muéstrateme Madre benigna: que yo sea recibida por el Señor en el sagrado refugio de su amor, en la escuela del Espíritu Santo, porque tú puedes obtenérmelo como ningún otro de tu amado Hijo ¡Oh Madre fiel!, protege a tu hija, para que se convierta en fruto de amor siempre vivo, crezca en toda santidad, persevere regada por la gracia celestial S. GERTRUDIS, Ejercicios, 2).

V. LA ORACION DE MARIA

«¡Oh María, que has guardado en tu corazón los misterios de tu Hijo!, enséñame a vivir en oración continua»

Lc 2, 19, 51).

1. —Para comprender algo de la oración de María es necesario tratar de penetrar en el santuario de su unión íntima con Dios. Nadie como ella ha vivido en intimidad con el Señor. Intimidad de madre en primer lugar: ¿quién podrá comprender las estrechas relaciones de María con el Verbo encarnado durante los meses que le llevo en su seno virginal? «Reflexione — escribe Sor Isabel de la Trinidad— lo que pasaría en el alma de la Virgen cuando, después de la Encarnación, poseía en ella el Verbo encarnado, el Don de Dios. En qué silencio, adoración y recogimiento se sumergiría en el fondo de su alma para estrechar cariñosamente a aquel Dios de quien era su Madre» (Epistolario, 158: Obras, p. 562). María es el santuario que guarda el Santo de los santos: es el sagrario viviente del Verbo encarnado, sagrario todo palpitante de amor, todo sumergido en la adoración. Llevando en sí el «horno ardiente» de caridad, ¿cómo podrá María dejar de quedar toda

inflamada? Y cuanto más se inflama en amor, mejor comprende el misterio de amor que en ella se verifica: nadie mejor que María ha penetrado los secretos del corazón de Cristo; nadie mejor que ella ha sentido la divinidad de Jesús y sus grandezas infinitas. De igual modo, nadie mejor que ella ha sentido la necesidad ardiente de darse toda a él, de perderse en él como una débil gota de agua en la inmensidad del océano. He aquí la incesante oración de María: adoración perenne del Verbo humanado que lleva en su seno; profunda unión con Cristo continuo abismarse en él y transformarse en él por amor continuo asociarse a los homenajes y alabanzas infinitas que suben del Corazón de Cristo hasta la Trinidad, y continuo ofrecimiento a la Trinidad de estas alabanzas, las únicas dignas de la Majestad divina. María vive en la adoración de su Jesús y unida a él en la adoración de la Trinidad.

Un momento hay en el día en que también nosotros podemos participar de un modo más pleno de esta oración de María: es el momento de la comunión eucarística cuando, también a nosotros nos es dado estrechar en nuestro corazón a Jesús vivo y verdadero. ¡Cuánto necesitamos que la Virgen nos enseñe a aprovecharnos de este gran don! Que nos enseñe a abismarnos con ella en Jesús, suyo y vuestro, hasta transformarnos en él; que nos enseñe a asociarnos a las adoraciones que suben del Corazón de Jesús hasta la Trinidad y que les ofrezca con nosotros al Padre para suplir las deficiencias de las nuestras.

2. — Desde Belén hasta Nazaret, María vivió por espacio de treinta años en dulce intimidad familiar con Jesús. Jesús es siempre su centro de atracción, el centro de sus afectos, de sus pensamientos, de sus cuidados. María se mueve en torno a él, le mira, trata de continuo de descubrir nuevos medios de agradarle, para servirle y amarle con la máxima dedicación. Su voluntad se mueve al unísono con la voluntad de Jesús, su corazón palpita en perfecta armonía con el de él: ella es «participe de los pensamientos de Cristo, de sus ocultos deseos, de tal modo que se puede decir que vivía la vida misma del Hijo» (5. Pío X, Enc. Ad diem ¡llum). De igual modo que su vida, también su oración continúa siendo cristocéntrica; pero Cristo la lleva a la Trinidad. Ha sido precisamente el misterio de la Encarnación el que introdujo a María en la plenitud de la vida trinitaria; sus peculiarísimas relaciones con las Tres divinas Personas comienzan cuando el ángel le anuncia que será Madre del Hijo del Altísimo y lo será por virtud del Espíritu Santo. He aquí la Hija amada del Padre, la Esposa del Espíritu Santo, la Madre del Verbo; y estas relaciones no se limitan al período en que María lleva dentro de sí al Verbo encarnado, sino que se extienden a toda su vida. He aquí a María templo de la Trinidad, María que, «después de Jesucristo, y salvando la distancia que existe entre lo finito e infinito, fue también la gran alabanza de gloria de la Santísima Trinidad» (Isabel de la Trinidad, Ult. ejerc. espir., 15: Obras, pp. 242-243).

María se presenta así como el modelo más perfecto de las almas que aspiran a la intimidad con Dios, y es al mismo tiempo su guía más seguro. Ella nos guía a Jesús y nos enseña a concentrar en él todos nuestros afectos, a darnos totalmente a él hasta perdernos y transformarnos en él; pero, por medio de Jesús, nos guía también a la vida de unión con la Trinidad. También nuestra alma es por la gracia que la adorna templo de la Trinidad, Y María nos enseña a vivir en este templo como perennes adoradores de las Personas divinas que allí moran «Quisiera responder a esa llamada —dice Isabel de la Trinidad— pasando por la tierra como la Virgen, conservando todas esas cosas en mi corazón; sepultándome, por decirlo así, en el fondo de mi alma para desaparecer en la Trinidad que allí mora, transformándome en ella»

(Epistolario, 159: Obras, p. 565). Bajo la guía de María séanos dado vivir en esta actitud de incesante adoración de la Trinidad que habita en nuestra alma.

Noche y día te encuentras, ¡oh Virgen fiel!, en profundo silencio, en dulce paz, en oración divina y permanente inundando tu ser de eterna luz. Tu corazón como un cristal refleja a Dios, Belleza eterna, tu Huésped fiel. Tú, oh María, atraes al cielo. Es el Padre quien te entrega a su Hijo. Serás su Madre. Con su sombra el Espíritu de Amor te cubre. En ti se hallan ya los Tres. El cielo se abre y adora así el misterio de Dios que en ti Virgen, o virgen se hizo carne.

Madre del Verbo, dime tu misterio, cuando Dios se encarnó dentro de ti. Dime cómo viviste en la tierra, sumergida en constante adoración... Madre, guárdame siempre en un estrecho abrazo. Que lleve en mí la impronta de este Dios, todo amor. (ISABEL DE LA TRINIDAD, Composiciones poéticas, 77. 87: Obras, pp. 1040, 1056).

¡Oh María!, tú eres la criatura de la atención interior, del perfecto silencio, del perfecto y consumado escuchar. Te has hecho pobre y humilde en el duro trabajo de cada día: has vivido trabajando en el templo, fatigada y cansada en la pobreza de Belén, pobre por los caminos de la tierra: conociste las amarguras y las fatigas del trabajo cotidiano, pero nunca te apartó de la atención interior, del continuo coloquio interior, del silencioso y continuo escuchar. Tú eres, la criatura del intenso y consumado escuchar...

Escuchaste la palabra del gran mensaje y lo recibiste discreta y serena; escuchaste los cantos de los ángeles sobre la cuna de tu Unigénito y los acogiste humilde y alegre; escuchaste la palabra del destierro y la seguiste confiada y paciente; escuchaste la palabra que trazaba sobre ti la grande señal de la cruz y la aceptaste fuerte y generosa; escuchaste de boca del Señor la dura palabra que no comprendiste y la encerraste en tu corazón, en silencio, como una perla preciosa y la defendiste contra todas las cosas de la tierra, protegiéndola con un velo de amargura, afligida y resignada a la vez, en que ya se difundía la indecible tristeza del Calvario. Tú no perdías ni una sola de las palabras del Hijo, no perdías ni una de las palabras que pronunciaba interiormente el Espíritu santo que te había hecho fecunda en el misterio infinito de la Encarnación. Las escuchabas y las recogías todas, ya con la solicitud devota de la hija hacia la gran palabra del Padre, ya con la intimidad discreta de una esposa hacia la palabra encendida del Espíritu, ya con la ternura amorosa de la madre hacia las palabras dulcísimas del Verbo hecho en ti carne de tu carne. (G. CANOVAL, Suscipe DomineJ.)

VI. MARIA Y LOS HOMBRES

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.

1. — María, dice el Concilio, «se consagró totalmente a si misma...a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él» (LG 56). La caridad de que estaba llena, la llevaba a darse, con un mismo acto, a Cristo, su Hijo y su Dios, y a la salvación de los hombres. El mismo amor que la une al Hijo la impulse hacia aquellos que él considera sus hermanos, «a cuya generación y educación coopera con materno amor» (LG 63). Tal es la propiedad del verdadero amor de Dios: antes que encerrar en sí misma al alma que lo posee, la abre para que pueda difundir a su alrededor la riqueza que la caridad en ella ha acumulado. Esta fue la característica de la caridad de María; abrasada enteramente de amor por su Dios, totalmente recogida en la contemplación amorosa de los misterios divinos realizados en ella y a su alrededor, no es su recogimiento un obstáculo para ocuparse del

prójimo, sino que, en cualquier circunstancia, siempre la vemos atenta y abierta las necesidades de los Otros. Aún más, su misma riqueza interior la impulsa a querer comunicar a los demás los grandes tesoros que ella posee. En esta actitud nos la presenta el Santo Evangelio cuando, inmediatamente después de la Anunciación, se pone en camino «presurosamente» (Lc 1, 39) para trasladarse a donde se encontraba Isabel. Muy grato le hubiera sido permanecer en Nazaret adorando, en la soledad y en silencio, al Verbo divino encarnado en sus entrañas, pero el ángel le ha anunciado la próxima maternidad de su anciana prima y esto le basta para juzgarse obligada a ir ofrecerle sus humildes servicios. Se puede, por lo mismo, afirmar que el primer acto que la Virgen realiza apenas hecha Madre de Dios, fue precisamente un acto de caridad para con el prójimo. Dios se le ha dado como Hijo, y María, que se entregó a él como «esclava», ha querido darse también como «esclava» al prójimo. Aquí mejor que en ninguna otra ocasión, es evidente la estrecha unión que hay entre el amor de Dios y el prójimo. Al sublime acto de amor con que, pronunciando su «fiat», María se entregaba totalmente al Señor, corresponde su acto de caridad para con Isabel.

2. — En el nacimiento de Jesús sucede también algo parecido: María contempla extasiada a su hijo divino, pero esto no le impide ofrecerle a la adoración de los pastores. He aquí la suprema caridad de María hacia los hombres: darles su Jesús apenas le ha sido dado a ella; no quiere gozarse sola, sino que todas las criaturas le gocen. Y del mismo modo que ahora lo presenta a los pastores y a los Magos que vienen a adorarlo, así un día lo presentaré a los verdugos a quienes es entregado para crucificarle. Jesús es todo para María, y María, en su caridad, no duda en inmolarlo por la salvación de los hombres. ¿Puede pensarse en una caridad mayor ni más generosa? Después de Jesús nadie ha amado a los hombres tanto como María.

Otro aspecto de la caridad de María hacia el prójimo es su gran delicadeza. Cuando, después de tres días de angustiosa búsqueda halla a Jesús en el templo, la Virgen, que tanto había sufrido a causa de la pérdida repentina, sabe esconder su dolor tras el de José: «He aquí que tu padre y yo te andábamos buscando» (Lc 2, 48). Su delicada caridad hacia el esposo le hace sentir tan profundamente su dolor que le antepone al suyo propio, que, ciertamente, fue muy grande.

En las bodas de Caná, otro rasgo de la delicadeza de María: mientras que todos los otros están distraídos en el festín sólo ella, tan recogida, se da cuenta del apuro de los esposos por la falta de vino, y provee de un modo tan delicado que el asunto pasa desapercibido hasta para el jefe del banquete.

María nos enseña que cuando el amor para con Dios es plenamente perfecto, florece sin más en un amor generoso para con el prójimo, pues, como dice la Escritura, tenemos un solo mandamiento: «quien ama a Dios también ame a su hermano» (1 Jn 4, 21). Si nuestras relaciones con el prójimo son poco caritativas, poco atentas y poco solícitas para con las necesidades de los otros, debemos concluir que nuestro amor hacia Dios es todavía muy débil.

¡Oh Virgen Maria! Tú fuiste aquel campo dulce donde fue sembrada la semilla de la Palabra del Hijo de Dios... En este bendito y dulce campo el Verbo de Dios, injertado en tu carne, hizo como la simiente que se echa en la tierra, que con el calor del sol germina y produce flores y frutos... Así verdaderamente hizo por el calor y el fuego de la divina caridad que Dios tuvo a la generación humana, echando la simiente de su palabra en tu campo, oh Maria. Oh feliz y dulce María!, tú nos has dado la flor del dulce Jesús. ¿Y cuándo produjo el fruto esta dulce flor? Cuando fue injertado sobre el árbol

de la santísima cruz: porque entonces recibimos vida perfecta... El Hijo unigénito de Dios, en cuanto hombre, estaba vestido del deseo del honor del Padre y de nuestra salvación y fue tan fuerte este desmesurado deseo que corrió como enamorado, soportando penas, vergüenzas y vituperios, hasta la ignominiosa muerte de cruz... Idéntico deseo estuvo en ti, oh María, que no podías desear más que el honor de Dios y la salvación de la criatura...; tan desmesurada fue tu caridad que de ti mismas hubieras hecho escala para poner en la cruz a tu Hijo, sino hubiera tenido otro modo, Y todo esto porque la voluntad del hijo había quedado en ti.

Haz ¡oh María!, que no se me borre del corazón, ni de la memoria ni del alma que he sido ofrecida y dada a ti. Te ruego pues, que me presentes y me des al dulce Jesús, tu Hijo; y ciertamente lo harás como dulce y benigna madre de misericordia. Que yo no sea ingrata ni desagradecida, pues no has despreciado mi petición, sino que la aceptas graciosamente. (STA. CATALINA DE SENA, Epistolario, 144, y. 2).

Madre admirable, preséntame a tu querido Hijo como esclavo suyo perpetuo, para que, habiéndome él rescatado por mediación tuya, por mediación tuya me reciba.

Madre de misericordia, concédeme la gracia de obtener la verdadera Sabiduría de Dios, y. ponme para eso en el numero de los que tú amas, instruyes, nutres y proteges como hijos y esclavos tuyos.

Virgen fiel, hazme en todo tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo tu Hijo, que pueda llegar, por tu intercesión y a ejemplo tuyo, a la plenitud a de su edad en la tierra y de su gloria en el cielo. (S. LUIS GRIGNON DE MONTFORT, Tratado de la verdadera devoción).

Fuentes:

Intimidad Divina, Padre Gabriel de Santa Maria Magdalena OCD

Editorial Monte Carmelo

www.caminando-con-maria.org

www.caminando-con-jesus.org

Caminando con Maria
Pedro Sergio Antonio Donoso Brant
www.caminando-con-maria.org
p.s.donoso@vtr.net